

ACERCA DE LA RESPONSABILIDAD

Joaquín Araújo

Como la comodidad y la inercia, la irresponsabilidad se cuela y empapa. Consigue anegar demasiados proyectos, programas e incluso buena parte de la mayoría de las vidas. Todo ello sin que apenas nos percateemos. De ahí su prolífico proselitismo y la consecuente adhesión de tantos.

Poco ha cosechado más éxito que ese abandonar a su suerte las consecuencias de la propia acción. Ese dejar hacer que otros, los más y la administración pública, resuelvan el daño que iniciaron los menos.

Tal vez convenga recordar que una de las mejores formas de encarar los problemas ambientales es que los daños que el sistema económico produce al derredor, están socializados –tienen que arreglarlos los gobiernos– mientras que los beneficios obtenidos, tras tales degradaciones, están privatizados. Es manifiesta, pues, la irresponsabilidad de las formas y maneras de producir actuales.

Escribo estos párrafos porque, de la misma forma que cuando nos planteamos una definición de lo sostenible apenas alcanzamos a vislumbrar más allá de lo que su contrario el modelo actual nos enseña, a la hora de acercarnos a la responsabilidad lo primero que destella es la suma irresponsabilidad que gobierna la acción humana dominante.

La responsabilidad es tanto que nunca alcanzaremos a completar su contemplación. Volvamos pues a lo que tenemos delante de la vista y la experiencia.

Lo de desligarse del propio destino, para que el porvenir sea cuestión de los demás, cunde y expande. Quiero referirme en concreto a ese ir sumando a la cotidianidad lo que no interesa, no compromete, no calcula y por supuesto nada asegura ni dirige. Todavía más fácil es no querer reconocer que nada empieza y nada acaba tras pasar por nuestras manos. Que todo viene de un lugar, que no hemos inventado ni mantenido, y va a parar a otro que tampoco consideramos como propio.

Tanto es así que otra de las principales características de nuestro modelo de funcionamiento social se basa, incluso en las más entrenadas democracias, en una considerable renuncia a la planificación, el seguimiento y la consecución de lo que se hace, quién y cuándo lo hace, pero sobre todo para lo que se hace. Entre otras cosas

porque el noventa por cien de lo que acometen las sociedades desarrollistas se hace para beneficiar, primero y principalmente, a los ya beneficiados.

Desentendidos de las secuelas de nuestros actos se nos suele reducir a la condición de clientes. Que es mucho más sumisión que de control. Este último casi completamente desvinculado de lo que se le hace a los patrimonios comunes, a los pocos retazos de lo compartido que nos quedan. Por eso mismo ha tardado tanto el sentido de implicación directa en lo relacionado con el ambiente. Que, insisto, es lo más de todos y aún así tantas veces considerado como de nadie, por tanto vertedero, chivo expiatorio, nada ajena.

Pero hemos elegido elegir. Es más, estamos a punto de dotarnos de una de las más eficaces herramientas sociales para que la responsabilidad recupere el lugar que se merece. De momento por vía casi solo sancionadora. Por supuesto que hay dos tipos de responsabilidad. La legal y la moral. En buena medida la primera, esa que pronto nos llegará por transposición de normativa europea, es coercitiva y convoca a la reparación vía sanción. Es, ante todo, dolosa en lugar de persuasiva y participativa. Pero será pedagógica.

A bordo de esta nueva normativa, cuya transposición desgraciadamente puede demorarse hasta el 2007, se iniciará un cambio deseado hasta la desesperación.

Celebramos el nuevo horizonte como imprescindible punto de apoyo para ir contemplando el que queda mucho más allá: la alegría de participar directamente en la creación del porvenir.

Si además le acompañan unos mínimos de información y criterio, el acto de abandonar la responsabilidad como un residuo más se convertirá en esporádico. Porque el asumir las consecuencias de lo que se hace es siempre una amplificación de la dignidad que nos merecemos. Y establece una cadena de vínculos con lo que nos da y permite la continuidad de la vida y por supuesto, una mejora de la salud ambiental que invariablemente se traducirá en cadenas incesantes de nuevos recursos.

Sin olvidar que la responsabilidad mejora e incrementa la democracia. Pero no menos cualquiera de las otras relaciones sociales, y especialmente la disposición a un uso pacífico de nuestro entorno. 